

PRÓLOGO

Ana María Matute, en su discurso de agradecimiento por habersele concedido el premio Cervantes (2011), citaba unas palabras de San Juan: «El que no ama, está muerto», frase que emparejó con otra personal: «El que no inventa, no vive». Como estas aseveraciones de juicios personales puede ser indefinida, contribuiré a ello añadiendo esta otra: «El investigador revive el pasado para hacer más creíble el presente». Este ‘ser’, cada día más extraño en los tiempos que corren —como hace años recordaba el doctor Pablo Jauralde—, no se inventa la historia personal de uno u otro personaje, solo bucea en las profundidades de los archivos para hacer patente aquello que la Historia ha olvidado. Y ambos siguen viviendo.

Esto es lo que la autora de este estudio nos presenta al realizar la revisión biográfica de José de Cañizares (1676-1750), puntualizando lo más relevante de su quehacer vital y aportando datos —hasta el presente desconocidos— del autor para rellenar esas lagunas temporales que a los investigadores nos atormentan, pues, siempre que nos lo permiten las fuentes, tratamos de completar el perfil de nuestro personaje, sin olvidar el trazo lineal y simple de la Historia. No es fácil y mucho más cuando se ha tenido que acercarse a un autor y una época nada consagrados por la historiografía, por decirlo delicadamente o prácticamente olvidados, en palabras más cercanas a la realidad de los hechos.

La visión del teatro palaciego en los primeros años de la dinastía borbónica (1700-1724), con todas las respuestas a las innumerables preguntas que se puedan hacer, es lo que los lectores encontrarán a lo largo de este estudio. Un panorama general que se concretará en la personalidad del dramaturgo —entre otras varias actividades— de José de Cañizares y su zarzuela mitológica *Acis y Galatea*. Rosario Leal ha realizado una labor crítica editorial, tan denostada por muchos filólogos como imprescindible (y paciente), si queremos reconocer, —al menos— el arquetipo de la obra; pero no solo se ha proporcionado un texto óptimo desde el punto de vista de la creación literaria, sino desde el de la puesta en escena: nos podemos acercar con bastante fidelidad al texto dramático que, al fin y al cabo, es el que interesa al espectador.

El hecho de tomar como ‘fuente’ la mitología grecorromana para la creación de las obras por parte de nuestros autores, no fue exclusivo de los neoclásicos,

como se constata en la producción de Cañizares (al que jamás reconoceremos bajo este marbete), y sí fue una excelente fuente de inspiración para toda la literatura española, en sus más diversas manifestaciones y sus múltiples períodos. El teatro, no ajeno a los valores universales que estos temas transmitían (aunque casi siempre con una adaptación de los mismos a un carácter nacional, algo más autóctono), supo inferir a sus producciones valores útiles para el didactismo de la sociedad cortesana (espejo de costumbres) y entretenimiento (por su espectacularidad), ociosa y carente de referentes vitales. La contemplación de esos valores podría infundir en su espíritu cierta inquietud para redefinir su vida: «la vida natural y sencilla», en la que sobran las leyes, representada por el Cíclope; o la encarnada por Odiseo que se mueve en la «convención, la razón y la ley».

La presentación del largo recorrido que del tratamiento del mito se ha hecho por los diversos autores (nacionales y extranjeros), géneros y épocas, nos faculta para valorar las aportaciones que Cañizares realiza al 'tema' y la asunción de las mismas para trasladárnoslas a su versión teatral: la presencia del 'retrato' en manos del amante —detonante del amor entre Galatea y Acis—; la concepción del amor, recogido de la tradición poética culta y burlesca; el tratamiento de ciertos elementos procedentes de la novela pastoril; y un largo etcétera que el lector sagaz podrá añadir tras la lectura de la propia obra.

Nos encontramos ante una obra novedosa que, posiblemente, abra el camino a nuevos investigadores interesados en desvelar la obra de Cañizares y ratificar —con datos concretos y no meramente con intuición, como es mi caso— cómo su producción supuso ese eslabón necesario para mantener la cadena que significa la tradición teatral española. Su público —en su primera recepción, cortesano— será el que desaparezca de la sociedad dieciochesca, razón por la que los temas de esta naturaleza decaerán entre el gusto popular. Lo mismo ocurrió con las tragedias históricas-legendarias de la tradición clásica: no conseguían provocar sentimientos universales. Pero ello no significa que, en su época, no produjeran la admiración de un público y el reconocimiento de sus contemporáneos.

Todo estudio literario, estimado lector, escrito con la pulcritud, claridad y sincretismo, como es el que se presenta a lo largo de estas páginas, merece nuestra alabanza y agradecimiento. Espero que su lectura le recompense, por encima de su precio, reconsiderando exclusivamente su valor.

Piedad Bolaños Donoso
Universidad de Sevilla